

equilibrio- mientras facilitan el aprendizaje a partir de disparadores que estimulan la reflexión, el análisis, la integración, la proyección y la pro-actividad en creativas estrategias pedagógicas.

Interesante desafío para el ser comprometido con la búsqueda permanente, en esos otros seres con quienes se comparte la aventura de mutua retroalimentación, la búsqueda de esos puntos de anclaje, de esos saberes previos, de esas experiencias significativas, a partir de los cuales poder trazar los puentes cognitivos y facilitar el proceso de enseñanza. De enseñanza y aprendizaje. O de aprendizaje permanente, según la perspectiva de los protagonistas.

El desafío era lograr, en un FNP -formato no tradicional- implementar una cursada que esquematice lo variado, la diversidad, lo disímil, lo heterogéneo. ¿Cómo y por dónde, encontrar ese hilo conductor que actuara de columna vertebral de esta materia, siendo a la vez lo suficientemente flexible y dúctil para incentivar la indagación de cada estudiante a partir de sus propias motivaciones personales? ¿Cómo, primero, hacer para que cada uno i-den-ti-fi-que bloques temáticos, integrándolos en una nueva conceptualización, y luego, se i-den-ti-fi-quen en un próximo escenario profesional? ¿Cómo lograr, a partir de una dinámica tan abierta como lo es el “diálogo” con un invitado, siempre distinto, siempre con un estilo diferente, siempre desde una perspectiva personal, la construcción metódica de un marco teórico amplio y abarcativo, como tan generoso en las posibilidades de prácticas que el mismo propone.

Hoy, habiendo pasado varios ciclos y en perspectiva, la respuesta se presenta –como suele suceder, siempre desde la misma esencia. Es en el mismo nombre donde está la clave. En lo obvio, en lo que a veces por estar tan cerca y ser tan simple, se hace complejo. Pero esta obviedad, la del sentido común, delineeó la estrategia.

Según el diccionario de la Real Academia Española, diálogo significa “plática entre dos o más personas, que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos”. Por profesional, se entiende “una persona que practica habitualmente una actividad, de la cual vive” o “persona que ejerce su profesión con relevante capacidad y aplicación”. Así, la estrategia para Diálogos con Profesionales de Relaciones Públicas, se sustenta en tres pilares:

1. La relevancia y pertinencia disciplinar de los invitados: profesionales destacados con una clara especialización que puedan contribuir a la integración del concepto puesto en práctica, a partir de la experiencia compartida. Cada invitado, inaugura un área de Gestión de la Comunicación y con ellas, sus implicancias y variables, en la práctica concreta. Toda ellas juntas, un todo, una totalidad de posibilidades para el futuro profesional.

2. La valiosa oportunidad de indagación en líneas de interés grupal, y en temas de interés individual a través de la interacción en el momento de la puesta en escena del “diálogo con el profesional”, y el ejercicio de las imprescindibles características de un comunicador, a cada momento, en cada coloquio y en cada producción. Perspectivas personales y profesionales, en un todo.

3. El resto de las palabras que cierran el círculo: experiencia y ensayo. También, según la Real Academia Española, experiencia se define como “práctica prolongada que

proporciona conocimiento o habilidad para hacer algo”, mientras que ensayo es “acción y efecto de ensayar” al mismo tiempo que “escrito en el cual un autor desarrolla sus ideas sin necesidad de mostrar el aparato erudito”.

Compartir la experiencia de los invitados genera no solo la posibilidad de profundizar en el conocimiento o habilidad específica, sino que también, en la sinuosidad y diversidad del trayecto recorrido que siempre es propio y personal, y en el que influyen factores de variada índole, como personales, de formación universitaria, de especialización, de necesidad contextual, económicos, etc. Conocer la multiplicidad de las variables que impactan en las decisiones que se toman a lo largo de la configuración de la trayectoria profesional, es un capital tan intangible como valioso para el auditorio capaz de detectarlo.

Y el ensayo final, en ambas acepciones. Ensayo como tipología literaria y ensayo que surge de la misma acción de ensayar, de componer, de proyectar y también, de imaginar. Imaginar el futuro. Componer, quizás por primera vez en la etapa final de la carrera, la construcción del propio camino profesional. Intentar armar, como piezas de un rompecabezas, una figura que responda a los propios intereses del futuro profesional en su camino laboral. Esa aventura, que angustia cuando está todo por hacer, pero que alivia al obtener claridad en la escena que se quiere componer. Con la facilidad de poder re-plantearla, redefinirla, siguiendo las propias expectativas. Pero con ese hilo conductor que hace de columna vertebral, en la construcción del -como le dicen los americanos- *professional path*: camino profesional. (Camino, según el diccionario de la Real Academia Española, “dirección que ha de seguirse para llegar a algún lugar”).

Algunas preguntas (¿y una respuesta?)

Introducción a la investigación y configuración del propio discurso

Ernesto López

¿Qué se debe enseñar? ¿Y con qué fines? Como docente creo que es fundamental hacerse esas preguntas. Actualmente estoy dictando la asignatura Introducción a la Investigación. Se trata de una materia para alumnos ingresantes de todas las carreras de la Facultad de Diseño y Comunicación. En ella los alumnos deben realizar un proyecto de investigación para el cual tendrán que desarrollar estrategias y metodologías propias de una investigación científica.

Una primera respuesta a las preguntas que planteé podría ser: dar al alumno una serie de conceptos que le serán útiles a su formación. O bien una batería de procedimientos para que pongan en práctica. También podría proponerse como fin ayudar a que el alumno descubra su individualidad en torno a un proyecto propio.

De alguna manera, estas respuestas me resultan insatisfactorias. Creo que mi asignatura debe construir en el alumno autonomía, pensamiento crítico, generación de proyectos, valoración de las propias ideas.

Aquí me vienen a la cabeza los modelos docentes que plantean Fenstermacher y Soltis (1998). En su planteo existen tres tipologías docentes: el ejecutivo, el terapeuta y el liberador. El ejecutivo es aquel que imparte contenidos: conceptos y procedimientos. El terapeuta es aquel que deja que su alumno trace su propia ruta, oficiando de guía en su camino; terapeuta porque trabaja sobre la individualidad (el yo) de cada alumno. El tercero muestra a los alumnos distintos panoramas y discursos de la materia, con el fin de que elaboren y sustenten sus afirmaciones sobre sus propias actividades.

Es así que me inclino por el tercer docente, el liberador, que “ve al docente como un libertador de la mente del individuo y un promotor de seres humanos morales, racionales, entendidos e íntegros” (Fenstermacher y Soltis, 1998). Liberador porque otorga una multiplicidad de visiones, en contra del pensamiento hegemónico y único. Posmoderno en el sentido no neoliberal: aceptando la diferencia entre culturas y entendiendo que la verdad es un discurso que se construye histórica y socialmente. Dice Foucault (1980): “la verdad es algo de este mundo. [...] Cada sociedad posee su propio régimen de verdad, su «política general» de verdad: es decir, los tipos de discurso que cada sociedad acepta y hace funcionar como verdaderos; [...] el status de quienes tienen la misión de decir qué es lo que se ha de considerar verdadero”.

Por estas razones abogo por la idea de que es el alumno quien debe elegir el tema sobre el que desarrollará una investigación a lo largo del cuatrimestre. Esta construcción del propio discurso apunta a una valoración (crítica) de las propias ideas. Temas de investigación como *Los textiles de los mapuches* o *La estética del punk* son vistos en un primer momento por los alumnos como temas poco académicos: “mi tema es poco interesante” es una frase que escuché más de una vez. En el desarrollo de la cursada procuro validar sus experiencias e inquietudes, a la vez que legitimarlas mediante el pensamiento científico y crítico, y de esta manera lograr que sus temáticas adquirieran el mismo status que aquello que en su imaginario es “lo académico”.

Por otra parte, creo que debajo de toda idea de la educación subyace una concepción epistemológica, es decir, una idea sobre la naturaleza del conocimiento y su legitimación. Esta idea que tiene el docente determina en gran medida su trabajo en el aula. Creo profundamente en una ciencia no estática ni esclerosada; la ciencia y el conocimiento deben ser susceptibles de mutación. Vivimos en un mundo en el que la imagen de la ciencia está enormemente influenciada por el positivismo: se piensa que la ciencia progresa hacia formas mejores de conocimiento, hacia teorías más acabadas y perfectas. En pocas palabras: que la ciencia es acumulativa, que las teorías se van sucediendo escalonadamente (y hacia arriba).

Pero existen otras visiones. La teoría de paradigmas de Thomas Kuhn y la ruptura metodológica de Paul Feyerabend configuran mi marco teórico. Se trata de ideas de la ciencia en las que ésta no es un discurso eternamente verdadero, sino de una visión en la conviven distintos discursos con iguales valores de verdad, pero inconmensurables entre sí. Dice Kuhn (1989) sobre el

“progreso” de la ciencia: “No se puede pasar de lo viejo a lo nuevo mediante una simple adición a lo que ya era conocido”.

Consiste en un desafío el poder transmitir a mis alumnos esta concepción epistemológica. Que sientan que sus ideas y valores son tan verdaderos como el saber enciclopédico. Que reflexionen críticamente sobre sus proyectos y sobre el material que llega a sus manos. Que pongan en duda las fuentes de verdad, decidiendo por sí mismos cuáles de ellas tendrán legitimación y por qué. Sé también que la primera respuesta era de más fácil aplicación: dictar los contenidos curriculares, ya sean conceptos o procedimientos. Desarrollar estrategias que hagan más eficaz la apropiación de estos contenidos por parte de los alumnos ¿Pero queremos egresados que apliquen metodologías sin razonar sobre ellas? ¿O preferimos profesionales con autonomía que puedan valorar su producción y reflexionar críticamente sobre su propia disciplina?

Referencias bibliográficas

- Fenstermacher, G. y Soltis, J. (1998). *Enfoques de la enseñanza*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, M. (1980). *Power and Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*. New York: Pantheon. Citado en: Giroux, H. (1990). *Los profesores como intelectuales*. Barcelona: Paidós.
- Kuhn, T. (1989) *¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos*. Barcelona: Paidós.

A-létheia. El espejo líquido de la verdad

Gabriel Los Santos

Cierto día, un domingo (como no recordarlo), uno de esos en el que las ilusiones se tiñen de púrpura y acompañan al sol de la tarde. Estaba fresco. El otoño se había adelantado. Todo se adelanta hoy día.

Entré al bar y me acomodé en una mesa junto a la vidriera. Es un bodegón que no busca ganarle al tiempo, sino que está orgulloso de correr con él.

Llegué temprano al encuentro. Mientras esperaba paseé la vista por el lugar. Miré a la gente, mesa a mesa, cara a cara, gesto a gesto. No había nadie conocido. El murmullo era intenso y monótono. No se sabe porqué, pero la clientela es, en su mayoría de docentes ¿Será Boedo un barrio de docentes?

Escuchar en este recinto hablar de educación es lenguaje común. En la ventana la oscuridad de la calle y las luces convertían al vidrio en un espejo casi líquido, sibilino. Como mirarse en el agua de un estanque mágico, ingravido. Veía la vereda y esperaba, cuando el cristal me develó la figura de un hombre alto y viejo que entraba al bar con otro, un poco más morrudo y bastante más joven.

El mozo se acercó a mí y levantando su voz por sobre el murmullo, preguntó:

- ¿Qué va a tomar?

Mientras los hombres se acomodaban en la mesa ubicada detrás de mí, el más viejo preguntó, siguiendo el hilo de una conversación ya empezada:

- ¿Puede enseñarse arte? Y agregó mientras se sentaban.